

2009

El ensayo chileno contemporáneo: 1933 a 2006

Roberto Hozven

Citas recomendadas

Hozven, Roberto (Primavera-Otoño 2009) "El ensayo chileno contemporáneo: 1933 a 2006," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 69, Article 16.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss69/16>

EL ENSAYO CHILENO CONTEMPORÁNEO: 1933 a 2006

Roberto Hozven

Pontificia Universidad Católica de Chile

Una de las maneras de entender el ensayo chileno contemporáneo – el que va desde 1933 a 2006 – es comenzar distinguiendo en él dos grandes magnitudes que se entrecruzan: por una parte, urgencia de autoconocimiento en todos los niveles de la intrahistoria nacional; por otra, esfuerzo por construir nuevas representaciones simbólicas capaces de proporcionar liturgias cohesionadoras para el imaginario nacional, quebrado por el Golpe Militar de 1973 y su subsiguiente experiencia autoritaria. Discuto la magnitud ‘Intrahistoria nacional’ al inicio y en el tercer momento que siguen; me ocupo de la segunda magnitud, ‘Nuevas representaciones simbólicas’, cuando abordo los rasgos del ensayo como género. Igualmente, en este segundo momento, me detengo en algunos puntos de anudación y repelencia entre ambas magnitudes.

Desarrollo esta presentación en tres momentos: como inicio, discutiré el contexto literario e histórico que me lleva a fijar el inicio del ensayo chileno contemporáneo en 1933, con *Sin brújula*, de Domingo Melfi. Enseguida, me sirvo de cuatro rasgos tropológicos del ensayo, como género, para examinar las transformaciones textuales por las cuales ocho ensayos chilenos cumplen su finalidad psicosocial cohesionadora. Tercero, concluyo haciendo un análisis de tres ensayos mayores y de una práctica ensayística que exploran e inventan, de distintas maneras, la memoria intrahistórica chilena en sus usos, ideas, costumbres y sentidos para el presente de nuestra existencia actual. Cierro este tercer momento destacando dos procedimientos discursivos por los que Jorge Edwards interpela al Estado, y a la opinión pública, tanto a través de sus ensayos como de sus novelas; las que pueden ser leídas *casi* como ensayos. Considero como fecha de cierre de esta presentación, el año de publicación de *La otra casa. Ensayos sobre escritores chilenos* (2006), último libro de ensayos de Jorge Edwards.

Período cubierto: el inicio. Tomo como punto de partida de este período a *Sin brújula* (1933), de Domingo Melfi. Un ensayo reprendedor de la decadencia moral y política de la sociabilidad de la sociedad chilena en todo su horizonte cultural micro-asociativo: política clientelista, empleomanía patrimonialista, oratoria tribunicia de “plumas multicolores” (21), pero desvinculada de “las sombrías inquietudes de nuestro tiempo”; tejido social *majamama*: “gelatina de componendas, turbia y elástica, incolora, insípida, sin orientación...” (25) que engendra una “mansedumbre siniestra de la masa civil para tolerarla” (34). Su *leitmotiv* es la realidad social despedazada que gatilló la seguidilla de intervenciones militares y conspiraciones civiles entre 1924 y 1932; su centro son los seis y medio frágiles meses que duró el gobierno radical de Juan Esteban Montero, del 15 de noviembre 1931 al 4 de junio 1932, el cual fue derrocado por el Golpe de Estado militar que proclamó la Primera República Socialista. Literariamente, sus imágenes contrastantes preñadas de combatividad (“Al lado de grandes y opíparos sueldos... vibraba de angustia una masa famélica de cesantes”, 48), sus neologismos inéditos (“burocratismo mediócrata”, 36; “abyecta merienda de apetitos presupuestívoros”, 52) o sus metáforas que substituyen la frase común por una antítesis barroca pero apelante (“raíz ancestral de fuga”, 39; por casa de inquilino), recuerdan la lengua de José Martí y su tono convocador y familiar, de agitador continental en “Nuestra América” – su manifiesto a cerrar filas contra el imperialismo de los EE.UU. Inspiración que recoge Mariano Picón-Salas en su “Comentario inicial” al ensayo de Melfi: “Y al rojo blanco de su prosa [Ud.] condena... estas sociedades que mueren sin haber hecho Historia; que no pudieron salir de su vasallaje de colonias económicas y espirituales del mundo imperialista, burguesías que se disgregan... por sus contradicciones y su individualismo disociador” (13). La crítica moral del sistema político y social de Melfi cumple un propósito cultural realizador: transformar al hombre *sin brújula* de los años 30 – “inmóvil y fatalista, cubierto con la herrumbre de la rutina” en su “desconcierto de tembladera”, (48) – en un hombre *con brújula*: “dinámico y limpio capaz de realizar y comprender que la tarea de superación es únicamente obra de su propio esfuerzo”, (58). El hombre *con brújula* – para Melfi – es quién puede rectificar la política de vasallaje hacia el exterior y de oligarquismo¹ hacia el interior. Este es el objetivo reformista de su ensayo *Sin brújula*: construir un “pensamiento inspirado en la afirmación de la clase media chilena” (Latchman 359). Razón por la que en este ensayo “examina la literatura chilena tomando en cuenta el espacio social en que ésta se instala” – afirma Alfonso Calderón en su prólogo (9); lo que corrobora Melfi en otro ensayo sobre la literatura nacional².

Sin brújula coexiste con el período histórico de inicio de la mesocratización y modernización irreversible de la sociedad chilena: ascenso de las clases medias y su obtención del poder con el triunfo del Frente

Popular y sus tres presidencias radicales: 1938-1941†, Pedro Aguirre Cerda; 1941-1946†: Juan Antonio Ríos; 1946-1952: Gabriel González Videla. Esto significó: política populista, implementación de un modelo de desarrollo que hace del Estado el gestor de la industrialización (1939: creación de la CORFO), desarrollo del movimiento sindical, crecimiento urbano, derechos políticos para la mujer (1949: sufragio universal), gran énfasis puesto en la educación (“Gobernar es educar” – lema del gobierno de Aguirre Cerda), gran dinamismo cultural literario (Generación del 38, Premio Nobel de Gabriela Mistral – 1945, publicación de las obras más conocidas de Pablo Neruda: *Residencia en la tierra*, 1935, *Canto general*, 1950) y también ensayístico: recordemos las crónicas culturales y literarias que Gabriela Mistral hacía llegar a periódicos (*El Mercurio*, *La Nación* de Buenos Aires) y revistas (*Hoy*, *Atenea*, *Pro-Arte*) bajo la forma de “Recados”, desde comienzos de 1930 (cf. Mistral). Por su fuerza intelectual y calidad estética, algún día habrá que analizar estos textos como ensayos; ya que rebasan de lejos el suceso particular que los originó. Agréguese, en fin, el celebrado *Chile o una loca geografía* (1940) de Benjamín Subercaseaux. Sobre este despegue mesocrático existe consenso entre los historiadores; exceptuando a Gabriel Salazar, quién lo considera una reacción de integración nacionalista ante el todopoderoso libremercado; el cual, desde la Independencia acá, habría sido el verdadero régimen de facto de la alianza oligárquica con el capital extranjero³. Régimen de facto sólo declarado discursivamente a partir de 1973, ya que, antes, se realizó clandestinamente a contrapelo de los discursos populistas y nacionalistas. Sin embargo, esta realidad reprimida será precisamente la que los ensayistas chilenos se esforzaron por sacar del clóset, (d)escribiéndola en la diversidad de síntomas culturales por los cuales aflora en la totalidad del tejido social.

Sobre lo que no hay consenso en los ensayistas estudiados, sino profundos disensos, es sobre la interpretación que se le da a cuatro momentos político-institucionales, posteriores a 1933, en nuestra historia republicana. (1) 1964: “*Revolución en Libertad*”. Proyecto modernizador del gobierno de Eduardo Frei Montalva que hace desaparecer “los últimos vestigios de la sociedad oligárquica y tradicional: la hacienda, el universo católico preconiliar y las jerarquías paternalistas que regulaban la obediencia intergeneracional” (Brunner 1988, 48). (2) 1970: *Revolución Socialista* del gobierno de Salvador Allende Gossens, quién se propone realizarla aporéticamente “a través del marco democrático y legal definido por la Constitución Política del año 1925” (Brunner 49). (3) 1973-1989: *Revolución Capitalista* (Moulian 24), “*Auténtica revolución capitalista*” (James Whelan), *Revolución Silenciosa* (Joaquín Lavín), *Revolución Neoliberal* (como es ampliamente conocida) o “*Contra-revolución militar* que, en el corto plazo, fue *anti-proletaria*, y en el mediano, *pro-capitalismo internacional*” del gobierno del general Augusto Pinochet (Salazar 101). El general Pinochet accede a la presidencia de Chile mediante un Golpe de Estado, el 11 de

septiembre 1973, propiciado por los partidos de derecha y la Democracia Cristiana. Este período autoritario fue capital por la importante transformación económica, política, social y cultural del país; concomitantemente a las sistemáticas violaciones a los derechos humanos de la comunidad nacional. (4) 1990-a hoy en día: Transición a la Democracia bajo los gobiernos de la Concertación de Partidos por la democracia. Coalición política de partidos de centro, e izquierda moderada que ha gobernado Chile, ininterrumpidamente por casi 20 años, después de haber ganado cuatro campañas presidenciales seguidas (Patricio Aylwin, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet). Otros llaman ‘transformismo’ a este período del Chile Actual. El ‘transformismo’ no es más que “la culminación exitosa del largo proceso de preparación, durante la dictadura, de una salida de la dictadura, destinada a permitir la continuidad de sus estructuras básicas bajo otros ropajes políticos, las vestimentas democráticas” (Moulian 145). En éste, su ensayo *best seller*, el sociólogo Moulian también llama a este período “‘gatopardismo’: cambiar para permanecer” (*op.cit.*). Asegurarse de reproducir “la ‘infraestructura’ creada durante la dictadura, despojada de las molestas formas, de las brutales y de las desnudas ‘superestructuras’ de entonces” en el Chile de hoy en día (*ibid.*). Gabriel Salazar adopta este criterio en su *Historia de Chile I* (Cap. III) cuando clasifica nuestro sistema político partidista y ciudadano en tres períodos (1823-1932, 1932-1973, 1973-1998) *sin hacer un hiato* entre el fin del período autoritario y el comienzo de la Transición a la democracia (Salazar 183-261). La Transición a la Democracia, iniciada el 11 de marzo 1990, con la entrega del poder que hace el General Augusto Pinochet a Patricio Aylwin, Presidente democráticamente sufragado, no cambia – según Salazar – el marco mayor de integración hacia el imperialismo, en lo externo, ni la esfera de influencia anti-democrática del oligarquismo, en lo interno. Después de 20 años de gobiernos de la Concertación, *todavía* estaríamos viviendo bajo el signo de la Transición: “aún presente en ciertos usos, prácticas y dirigentes, que permanecen presentes como afección crónica” – observa Enríquez-Ominami, preguntándose por el fin de la Transición.

Gabriel Salazar (y asociados) escriben esta *Historia de Chile*, en cinco volúmenes, adoptando los rasgos tropológicos del mejor ensayismo. Leemos un discurso histórico que, sin culpas, se engolosina con el significativo literario⁴; tal como lo anticipaba en 1975 *La escritura de la historia*, de Michel de Certeau. Escribe Salazar en su “Introducción General”: “Los procesos históricos ... (están constituidos por diversos planos de realidad, ritmos cruzados de tiempo, relaciones cambiantes y formas impuras de racionalidad). Y sobre ellos hay demasiadas perspectivas posibles desde donde mirarlos e interpretarlos...” (Salazar, *op.cit.* 7).

El género ensayo reescrito por los ensayistas chilenos. De todas las definiciones de ensayo, desde la inicial de Montaigne a la imaginativa de Alfonso Reyes (el centauro de los géneros), pasando por las de contenido de Adorno, Lukács o Sartre retengo, por su valor operativo, la definición tropológica de Roland Barthes (123-124). Adoptar un criterio tropológico significa que considero al ensayo como una forma reconocida de comunicación (distinto de la novela, del cuento o del poema) *que expresa textualmente una estructura de conciencia específica*. La estructura de conciencia textual acuñada por el ensayo – según Barthes – se distingue por cuatro rasgos distintivos:

Primero, consiste en un discurso *recesivo*. El discurso del ensayo retrocede, reula ante sus mismas ideas; incluso, cuando afirma interroga lo que postula desde otra perspectiva. *Introduce una escisión en el circuito enunciativo*: el espacio dónde produce discursivamente el texto ensayístico no es el mismo espacio que él desde dónde lo descodificamos y reconocemos interpretativamente. Desde Montaigne a Octavio Paz, el ensayo transforma los marcos conceptuales de nuestra aprehensión habitual de lo real introduciendo en nuestra lectura un punto de vista distinto, inédito, con respecto a los estereotipos por los que habitualmente percibimos y regimos nuestra vida. Y lo hace desviando tropológicamente palabras, imágenes, sintaxis y campos semánticos con los cuales reconstruye el escenario donde representa su teatro de lenguaje. Es lo que hacía Melfi cuando escribía “raíz ancestral de fuga”, para enfatizar el antagonismo existencial y social siniestro vivido por el inquilino de la hacienda con respecto a su rancho: por una parte, éste es “raíz ancestral” cuando lo arraiga entrañablemente por su trabajo, esposa, hijos y allegados; por otra parte, también es “fuga” del rancho mísero donde el hacendado lo humilla incluyendo a su esposa e hijas bajo sus derechos de pernada. O, esta otra escisión enunciativa por la que Melfi ve a Carlos Pezoa Véliz, nuestro primer lírico de valfa: “Esta obstinación del poeta en querer ser un hombre a la moda, de encaramarse sobre sí mismo, sobre las puntas del poncho que le asomaban por debajo del ruedo de su abrigo de dandy, no lo dejaban ser la parte aristocrática que él creía poseer... y le atormentaba aún más de lo que él creía.” (*Estudios...* 134). “Las puntas del poncho” asomando bajo el “ruedo del abrigo de dandy” muestran de modo magistral la escisión de por qué, Pezoa, “siendo profundamente lo que fue”, no podía ser lo que quería. En la literatura chilena, el ensayo es el discurso que mejor explicita el bovarismo de creerse diferente de lo que uno es, o no es, con sus consiguientes crisis sociales; y lo hace desdoblado sus propias maneras de decir.

Segundo, es un discurso que *asume de modo autorreflexivo* las máscaras a través de las cuales expresa su imaginario. El ensayo no rechaza el imaginario que nos satura; lo asume coludiéndose en él y con él, ya que cualquier pretensión de adoptar una posición no-ideológica, dentro de lo

ideológico, no es más que mala fe o ilusión ideológica. El discurso ensayístico sólo se limita a mirar de reojo su propio accionar ideológico para denunciarse *en proceso*; es lo que leemos todo el tiempo en los ensayos y narrativa ensayística de Jorge Edwards, quién llama a este proceso “escribir el No-Libro”: ese “libro colectivo mutilado”, las páginas que tratan de “cuestiones escabrosas” ante las cuales “la familia en pleno, la familia en armas, en pie de guerra, erigida en tribunal del crimen” interviene y castra la literatura (Edwards 2004, 309). No-Libro que escribieron José Donoso o Hernán Díaz Arrieta pero que, bajo la presión de sus familias respectivas, se vieron obligados a mutilar, “a recoger cañuela”. Otro escritor eminentemente autorreflexivo en su escritura ensayística y narrativa es la novelista Diamela Eltit. En ella como en Edwards los géneros se filtran enriqueciendo sus efectos: sus novelas tienen la fuerza intelectual del ensayo y sus ensayos producen el vértigo transferencial de una buena novela. En *Emergencias*, una antología de análisis críticos de Diamela Eltit, Leonidas Morales nos hace ver la necesidad de leer como ensayos los textos en los que el escritor “se desdobra en productor de imágenes simbólicas y, a la vez, en productor de análisis críticos suscitados por sus mismas imágenes o las de otros” (Morales 9). Morales enfatiza la significación crítica que reviste para los chilenos, en nuestra Transición hacia la democracia, leer de modo desdoblado, autorreflexivo; quizás una cura para esta transición que se nos ha pegado como “afección crónica”, como transformismo. Leamos un pasaje autorreflexivo de Eltit sobre los sentidos intrahistóricos de la palabra ‘golpe’, para aproximarnos a las marcas que los acontecimientos del 11 de septiembre 1973 dejaron en la ciudadanía chilena. Cf. *Op.cit.* 17-18:

“Digo ‘golpe’ en los sentidos múltiples que esa palabra alcanza en el psiquismo de cada sujeto... digo golpe pensando en cicatriz o en hematoma o en fractura o en mutilación... corte entre un instante y otro, como sorpresa, como accidente, como asalto, como dolor, como juego agresivo, como síntoma... territorio privilegiado y repetido de la infancia, cuya frecuencia ocurre bajo la forma de la caída o del ataque, es quizás la primera memoria, la primera práctica en la que se internaliza de manera carnal esa palabra cuando el cuerpo estalla materialmente como cuerpo o aparece en su diferencia con lo otro – el otro – ese precoz contrincante que se diagrama como cuerpo enemigo desde el golpe mismo.”

Tercero, para examinar este imaginario el ensayista *entromete* una tercera persona entre las ilusiones de su Yo y el mundo por él construido. El discurso del ensayo enfrenta su Yo como si estuviere ya habitado por un Él que insidiosamente interfiere, interviene, todo lo que el Yo pueda decir sobre el mundo. Por ello, el discurso del ensayo resulta del diálogo entre este Él entrometido y el Yo del ensayista que concuerda, se resiste o desiste en su descubrimiento de esta otra persona que, siéndole tan íntima como su propio Yo, le es sin embargo ajena. Luis Oyarzún llama “apetito de visión”

al diálogo con este extraño alojado en la propia intimidad. Es lo que nos descubre la lectura del ensayismo moralista: “ver su propia vida” creando una “distancia entre su conciencia y su experiencia con el fin de establecer una relación entre los fragmentos dispersos de lo vivido y el cuadro general de lo real” (Oyarzún 69). Moralismo no es moralina sino una práctica sostenida de distancia interior: entre la propia conciencia y la propia experiencia hay una pantalla *que determina el modo como entendemos el mundo que nos revela y se nos revela*. Luis Oyarzún es el ensayista chileno quién más insiste y se desgarró en la visión de las imperfecciones de su mundo, pero sin resignarse a ellas.

Otra intromisión del Él en el Yo de cada ciudadano chileno fue el quebrantamiento del orden democrático. “El Golpe Militar cayó como un rayo” en “los años locos de la Unidad Popular” (1970-1973) (De la Parra 43). Años sinónimos de adhesión ferviente al socialismo como llave que abriría la prisión capitalista y liberaría a los hombres hacia la utopía redentora. El golpe pinochetista fue una “suerte de violenta hospitalización psiquiátrica, con electroshocks y encierro y pieza oscura y aislamiento brutal” (44). El golpe cambió el régimen comunicativo de la sociedad chilena: se pasó de un “Estado providente, proteccionista, educador y transaccional”, promovido mediante “la ley, la escuela y la política” (1970-1973: años de la Unidad Popular) a un gobierno autoritario fundado en “el mercado, la televisión y la represión.” (1973-1987) (Brunner 68-70). De la Parra cala esta represión social por los quebrantamientos provocados por su censura: la “mala memoria” no quiere reeditar el traumatismo del miedo⁵, estira su aceptación del horror hasta el límite de su soportabilidad. Su apuesta es recordar para “limpiar la chimenea” – De la Parra es psiquiatra –; terapia psíquica comunitaria para curarse nombrando el horror cotidiano vivido durante la dictadura y así exorcizarlo. Cuando se ha crecido en el horror, no queda otra que reinventar las condiciones de la propia vida. Lo que Hanna Arendt llamaba *natividad*: ser capaz de renacer como adultos para comenzar una nueva vida. El mérito de este ensayo de De la Parra es que da cuenta de la subjetividad social herida, de la organicidad interna dañada por el período autoritario. Lo confiesa el mismo título de otro de sus ensayos: *El cuerpo de Chile* (2002). Y el subtítulo de su *Carta abierta a Pinochet* (1998) es aún más revelador: “*Monólogo de la clase media chilena con su padre*” a quién interpela como si fuera el padre terrible de la horda, castrador del tiempo y de la memoria. La interpelación echa a andar la memoria y une la vida fragmentada por el dolor permitiendo renacer social y culturalmente más allá de las cinco categorías vinculantes del miedo que rigieron la existencia cotidiana.

El miedo—explica Lechner— (a) fragmentó el Nosotros como argamasa que vincula a los individuos en una comunidad, (b) incidió en la precariedad del capital social y en el desarraigo efectivo de la democracia, (c) substituyó el quehacer “político como esfuerzo colectivo de construir una comunidad

de ciudadanos” por el contentamiento en “la gestión de los negocios de cada día”, (d) fomentó una des-subjetivización social que repercutió en una desincorporación de las vivencias de la gente al discurso público y (e) erosionó los mapas mentales desdibujando las representaciones simbólicas (mitos, símbolos, imágenes, memoria y liturgias movilizadoras) cohesionadoras de las creencias. Estas cinco invariantes, que determinan la subjetividad social de los ciudadanos, incidieron en la escritura de todos los ensayistas chilenos: sea de modo directo o indirecto. Este libro de Lechner es uno de los escasos ensayos culturales – escritos por un politólogo – cuya reflexión sobre políticas de desarrollo *despega desde el campo mismo de la cultura*, entendida ésta como subjetividad social fundadora. Además – raro en un politólogo o sociólogo –, está bien escrito, invita a la relectura. La misma observación se extiende a *Un espejo trizado*, de José Joaquín Brunner.

Cuarto: la intromisión no se la encarna en ninguna persona ficticia, el discurso la cumple sin nombres propios: “el ensayo se confiesa *casi* una novela: una novela sin nombre propio” (Barthes 124). Este final es abrupto, algo falta. ¿Qué o quién cumple la intromisión entre el Yo y el mundo objetivado si no la realiza “ninguna criatura ficticia”? Hoy día, después del deconstructivismo, diría que la intromisión coincide, primero, con el ‘paso hacia atrás’ por el que Slavoj Žižek, el filósofo esloveno, define el quehacer filosófico: “La filosofía comienza en el momento en que no aceptamos lo que existe como un simple hecho dado (‘Es así’, ‘La ley es la ley’), cuando nos preguntamos cómo lo que existe como actual ha sido posible”. La filosofía consiste en “este ‘paso hacia atrás’ desde la actualidad a su posibilidad” (2). El cuarto rasgo del ensayo constituye, entonces, una forma de conciencia filosófica.

Es la conciencia que preside *Diferencias latinoamericanas* (1984), de Jorge Guzmán, quién hace del “desilusionarse barroco” una real apertura del mundo hispanoamericano a un nuevo interés y mirada: el asociado a lo “inquietante de la palabra ‘mestizaje’”, al “gusto amargo de la dependencia”, a la puesta “en cuestión desde lo ‘natural’ que le parecía la belleza de las mujeres rubias hasta la candidez con que aplicaba esquemas importados a la comprensión de la realidad vernácula”. Epistemológicamente, el golpe militar “le trastorn[ó] la relación con su propio mundo, lo que equivale a hacerle extraño su mundo, hacerlo extraño a él mismo para sí y hacerle sospechosas las herramientas ideológicas, estéticas y epistemológicas que le fabricaron la ilusión en que vivía.” (Guzmán 7-8). Estamos hablando de la noción de “práctica intelectual”, tal como la definió la crítica cultural argentina Beatriz Sarlo: “desajuste del lugar que se cree ocupar con el discurso y la autoridad atribuida al discurso” (52). La práctica intelectual produce un doble desajuste: con respecto a una objetividad (entre el lugar que se ocupa y el que se cree ocupar) y con respecto a un procedimiento (inquisición de la autoridad de las herramientas con que se enjuicia). El discurso entrometido del ensayo, como práctica intelectual, desajusta las

creencias del Yo con respecto al mundo que construye. Por este desajuste el Yo ensayista ve su mundo desde otro ojo que, instalado en el mismo ojo, cuestiona tanto el lugar desde el que se escribe o habla como la autoridad atribuida al modelo por el que se eligió escribir o hablar. El desajuste hace visibles las resistencias secretas, los prejuicios repudiados que tensan y desgarran internamente las ideas u opiniones que emitimos. La práctica intelectual introduce una cuña entre “el lugar que se cree ocupar con el discurso”, el lugar imaginario y/o simbólico desde donde se construye el discurso, y la “autoridad” (en un sentido etimológico) con que el discurso “funda, garantiza y da testimonio de algo” por medio de una “acción que produce un cambio en el mundo”, dando lugar a la “existencia de una ley”⁶ que resuelve un problema en la comunidad. La autoridad del discurso depende de las relaciones de fuerza (tropológica, literaria, simbólica) entre el “ab situ”⁷ desde el cual se descodifica y el “in situ” del territorio político, social, estético, *marcado*, naturalizado, que resiste esa descodificación. El ensayista hace ‘un paso atrás’ para ver mejor.

Esta práctica intelectual del “paso atrás” – cumplida por los ensayistas chilenos – contribuyó entre nosotros a la construcción de un perfil, si no de un sistema intelectual. Pienso en los 19 años de existencia de la *Revista de Crítica Cultural* (RCC: 1990-2008), editada y dirigida en sus 36 números por Nelly Richard. Esta revista, de factura fotográfica, es heredera del trabajo artístico y prácticas neovanguardistas agrupadas bajo la Escena de Avanzada. La Escena de Avanzada construyó un campo de oposición heterodoxo a la dictadura en Chile. Parte de él fueron “las obras de Carlos Leppe, Eugenio Dittborn, Carlos Altamirano, el grupo C.A.D.A, Lotty Rosenfeld; quiénes reconceptualizaron el nexo entre ‘arte’ y ‘política’ fuera de toda subordinación ideológica e ilustratividad contestataria”⁸. Frente al totalitarismo político, anticultural e ideológico del régimen dictatorial (1973-1989), la cultura y el arte se convirtieron en campos de desplazamiento cultural que resistieron y propusieron una nueva conciencia (de minorías, de mujer, de hibridismo) que creó nuevos márgenes simbólico-territoriales (escritos críticos de RCC y sus colaboradores – Derrida, Jameson – poesía de Zurita o de performance) y géneros extra-pictóricos (intervenciones urbanas, fotografía, cine, video). Estas nuevas formas trasladan lo silenciado o negado por el discurso oficial hacia figuraciones indirectas.

La RCC armó una reflexión crítica sobre el quehacer cultural en Chile e Hispanoamérica a la manera de un rompecabezas cubista: invitaba a operar sobre la realidad desde varios enfoques. Mostró a sus lectores que la realidad no es unidimensional sino pluridimensional y que, en ella, hay que hacerse cargo de la disputa de fuerzas entre lo cultural, lo político y lo estético (Richard 1988, 151). Disputa que se dio ‘semiotizando’ el cotidiano social, desmontándolo por medio de un saber de entrecruces y de montajes interdisciplinarios. Se conformó un sociolecto crítico-ensayístico, cuya inflexión discursiva y teórica fue el desafío que cada ensayista debió

resolver “para evitar los excesos de solemnidad” elitista favorecidos por el discurso autoritario (Valdés 13).

Diamela Eltit, Nelly Richard – nacida francesa y chilena por su campo de acción crítica y editorial – y Adriana Valdés son las autoras más relevantes del ensayo chileno que resisten los signos, valores y símbolos por los cuales la sociedad se representa a sí misma como un discurso legítimo. Sus miradas interpretantes “miran muy de cerca las obras mismas, lo concreto” contingente (Valdés): la risa impura de Pasolini – Eltit –, un paisajismo que disfraza los apremios torturadores de la Villa Grimaldi – Richard – o una fotografía tomada de espaldas (por Jaar) que no fija sino que contagia al otro con renegociaciones y reposicionamientos – Valdés. Sumidas en este concreto acontecimiento, en “el juego con la perplejidad” (Valdés), las tres ensayistas dislocan las razones burocráticas y desmontan los saberes institucionalizados ínsitos en nuestra percepción de lo real (Richard). Eltit, Richard y Valdés concentran sus análisis críticos “en el esquivo plano de la reflexión cultural” (Valdés) haciendo hincapié en los puntos “inestables, flotantes, desviados, que no se avienen bien con las sólidas catalogaciones del saber eficiente promovido por el empirismo de los estudios culturales” (Richard). Les interesan las zonas escondidas (el capitoné) donde lo social se articula con lo político, lo estético y lo cultural sin mostrar el zurcido que los sutura. Los signos sociales y sus intercambios son deconstruidos en sus pliegues de resistencia opaca, en sus materialidades operativas por medio de constructos intelectuales heterológicos (diferentes lógicas) que revierten la semiotización de lo cotidiano social; es decir, sus ensayos rebobinan – a la manera de una película vista hacia atrás – las reglas discursivas y el campo de fuerzas político-ideológico que intervinieron las prácticas culturales en sus fijaciones imaginario-simbólicas. Práctica intelectual que – hoy en día – conocemos como *nueva escena* o neoensayo postmoderno en cuanto la ‘pedida’ protésica que la alienta la “impele a desarrollar nuevos órganos, expandir nuestro aparato sensorial y nuestro cuerpo a dimensiones nuevas e inimaginables”⁹. Dentro del registro de su común crítica postmoderna, percibo una diferencia entre sus ensayos: los ensayos de Valdés se quedan temblando en la frontera entre el esfuerzo de explicación totalizador y la contingencia juguetona. Son ensayos más lúdicos frente al desgarrado renovado de los ensayos de Eltit y de Richard. Su lectura conjunta imbrica los enfoques de la comedia con la tragedia: iluminación de borde de abismo que propaga, en el descontento de lo actual, la necesidad de su renovación (el “*optimismo paradójico*” de Rodó).

La Nueva escena da cuenta de las maneras por las que el sujeto interactúa, social, política y estéticamente, en una serie multidimensional de realidades discontinuas (Jameson). Brunner precisa la posmodernidad del ensayismo de esta nueva tribu en los siguientes términos: “desmonta la función social de la razón (moderna)... identificada con las burocracias, el

mercado, los medios tecnológicos y las ideologías”; “desconfía de los sistemas y sus complejidades; se descoloca frente a los juegos hegemónicos y rechaza cualquiera noción de progreso”¹⁰. Replicando a un estudio de Hernán Vidal sobre la naturaleza y función de la *Revista de Crítica Cultural* en Chile, Richard caracteriza su posición en relación al posmodernismo en los siguientes términos: se trata “de privilegiar microexperiencias concretas por sobre abstracciones teóricas”, “de situar los textos dentro de un juego de crítica discursiva de fines abiertos”, “atender a las energías de resistencia y oposición crítica que activa un texto posmoderno”; posmodernidad es igual al “*horizonte de problemas* en relación al cual podemos discutir significaciones locales (desiguales) que son afectadas por mutaciones políticas, sociales y culturales del mundo contemporáneo” (307).

Ensayismo e Intrahistoria chilena. Examinemos ahora tres ensayos mayores y una práctica ensayística que exploran e inventan la memoria de los usos, ideas y costumbres de la intrahistoria chilena¹¹ en un nivel de más larga duración que el del tiempo del acontecimiento o de la coyuntura, fijados por el Golpe Militar y la subsiguiente experiencia autoritaria. Son los ensayos que “dicen el terrón natal” (Gabriela Mistral): sea desde la perspectiva de los 12.000 años de migraciones humanas que se aconcharon en el territorio geográfico que hoy es Chile (*Chile o una loca geografía*, de Benjamín Subercaseaux); sea desde la primera síntesis cultural hispano-indígena encarnada en el mestizo (*Madres y huachos*, de Sonia Montecino); sea desde el examen moral de la sociabilidad chilena tal como ésta ha actuado desde la Colonia a hoy en día (*Diario íntimo*, de Luis Oyarzún) o desde la escritura metairónica de Jorge Edwards la que, admitiendo la inevitabilidad de la imperfección humana, no se resigna sin embargo a ella impugnándola con buen humor y escepticismo en sus cinco libros de ensayos (1973 a 2006).

Chile o una loca geografía, de Benjamín Subercaseaux, publicado en 1940 agotó tres ediciones en 2 años y 11 en 16. Es el primer ensayo con anhelo de aprehensión visual del territorio; esto lo hace inmediatamente deseable para los lectores educados por el vanguardismo y el cinematógrafo; visualidad que no estaba en el ensayismo anterior. *Chile...* despertó una veta significativa en la literatura chilena, y no ya sólo en el ensayismo nacional: “decir el terrón natal” dentro del registro épico-inquisitivo de los “contadores de patria” (Mistral 13). Provee al imaginario chileno de un relato nacional, vía una percepción amorosa del territorio; el cual es visto como reflejo de un alma que desea encarnar aquí y ahora, y no ya más en las fantasías eurocéntricas o nordómanas. La cercanía y nominación de nuestros bienes (geografía, flora, fauna, etc.) nos curaría de lejanías ideológicas. Desde esta perspectiva, *Chile...* merece ser incorporado como libro de texto a nuestro Educación Primaria y Secundaria; en él, su autor busca la sociedad de la naturaleza, intensamente sentida, para reflexionar a su amparo sobre la

naturaleza psico-antropológicamente dislocada de la sociedad chilena. Citemos su tesis mayor:

“Nuestro pueblo actual, que algunos, sin que yo sepa por qué, se empecinan en considerar casi limpio de toda sangre aborígen, está en realidad, empapado en ella. *El chileno (salvo el aporte europeo que vino después y que jamás dominó en su psicología) es un mero accidente transitorio en una historia que remonta a doce mil años.*” (55-56, subrayado del autor)

La Conquista cortó, en la carne y el espíritu del nativo, el cordón umbilical de 12.000 años que lo unía con sus tradiciones. Es la tesis que 10 años después formula *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. Este corte cultural – según Subercaseaux –, por una parte, condena al chileno mestizo actual al desconocimiento perpetuo de sus orígenes y, por otra, mantiene la escisión entre “la elite europea de nuestra clase cultivada, que pertenece a otro ciclo evolutivo”, y la gran masa del país (152-153). Aquí, criticándolo y suscribiéndolo, Subercaseaux se hace eco del “blanqueamiento”; tema que será discutido intensa y extensamente por los ensayistas chilenos¹². Por cierto – después de Claude Lévi-Strauss – sabemos que no hay común medida entre un proceso biológico y uno cultural. Un hijo blanco de las elites, “limpio de toda sangre aborígen”, si es sociabilizado en el medio “moreno subido al oliváceo o al ocre” de las grandes masas del país, se comportará como un individuo perteneciente al ciclo evolutivo autóctono. En Subercaseaux, este núcleo racista es postizo, le viene del antropologismo evolucionista de los años 20 pauteado por sus estudios parisinos. En el plano del significante pulsional, Subercaseaux desea con “horror complacido”, con “complicidad indignada”, a los individuos del ciclo evolutivo ‘inferior’ conocidos tempranamente en el tercer patio de la casona hispano criolla materna en que creció y se sociabilizó. Patio del que dejó una semblanza psicoanalítica en clave en Daniel, el protagonista de su ‘nouvelle’ *Niño de lluvia* (1942). El mismo horror complacido reaparece en *Jemmy Button* (1950), ensayo donde novela la fallida aculturación de cuatro alacalufes intentada por el capitán Fitz-Roy, de la Royal Navy. En 1830, Fitz-Roy los raptó, los llevó a Inglaterra y los re-educó a la inglesa durante dos años en su hacienda; luego, los devolvió a su hábitat nativo. El fin era que sirvieran de adelantados y apoyo logístico para la colonización inglesa iniciada el año 1832 por el Almirantazgo británico. Jemmy Button (Juanito Botón) y sus canoeros, en el riguroso invierno austral de 1832, devoraron a los colonos ingleses y así, quizás, evitaron que el Archipiélago de los Chonos hubiera sido, hoy en día, otras Falkland Islands.

Diríase que Subercaseaux discrimina al revés: busca redimir y recuperar con su escritura (ensayos, novela, novelas-ensayos, poemas, estudios antropológicos evolucionistas) la escisión perpetrada por el conquistador entre el hoy en día y los 12.000 años de cultura perdida tras el choque

aniquilador del conquistador con el nativo. *Chile...* se interioriza de los substratos esenciales de la nación, aspira a reconstruir los *orígenes nacionales* contándonos el placer del reencuentro con su cuerpo cultural nativo, perdido pero recuperado por la palabra contadora. Por esto – afirma el autor – su “loca geografía” no es la natural del geógrafo ni la pintoresca del turista, como tampoco la antropológica del etnógrafo o etnólogo. Su geografía es la vital del placer, la que leyéndola nos haga “sentir el placer de ser chileno”. Por ende, su modelo no puede ser el de la ciencia sino el de la Literatura, la que “está aquí para recordar que el hombre vive también de sus placeres: placer del Arte, placer del espíritu, placer de vivir.” (27)

El *Diario íntimo* (1995, edición póstuma), el mejor ensayo de Luis Oyarzún – “esta pieza mayor de la literatura chilena” y de los “géneros de la intimidad”¹³ – está animado por el propósito moral consciente de “ver su propia vida”, a la luz del “cuadro general de lo real”, poniendo una distancia entre su yo y su experiencia. Ver su propia vida, para Oyarzún, significa deconstruir los andamiajes ideológicos que hacen que, “en nuestras sociedades uno tenga el presentimiento de hallarse en un pantano densamente poblado de animalículos semivegetales que forman una especie de baba? Yo diría que las nuestras son *sociedades coloidales*.” (subrayado por el autor, 70). Más adelante, Oyarzún destaca que el elemento cohesionador de estas sociedades es “el silencio receloso que constituye una protección en contra de las claridades comprometedoras de la sinceridad” (*ibid.*). Por cierto, para arribar a la sinceridad del verse a sí mismo más allá del bovarismo (del creerse diferente de lo que uno es/ no es), hay que ser apto “para establecer esa mínima distancia que la contemplación requiere” (*ibid.*).

Oyarzún batalla contra lo que también combatió Melfi, la *majamama*: “sentimentalismo dulzón, trazado de curvas para no herir intereses, caminos en la sombra para salvar a otros, bolsicos donde encajar canonjías, gelatinas para cubrir responsabilidades, piadoso olvido de los delincuentes políticos o de los culpables, que habían arrastrado al país a la desorganización y al desprestigio” (*Sin brújula* 47). La *majamama*, las *sociedades coloidales* constituyen la argamasa psíquica de la sociabilidad fundadora de la tribu chilena y sudamericana. Y esta argamasa es transindividual, surge *de y en* la relación transferencial con los otros, a partir de la cadena de creencias (imaginarias, simbólicas) que compartimos con los otros *a pesar nuestro*. Y la primera creencia intrahistórica, alojada en el inconsciente transindividual chileno y latinoamericano, es la certeza patrimonialista de que no existe otra ley social efectiva que aquella que impone conducirse en público de acuerdo a “El orden [privado] de las familias”¹⁴. Este orden privado es ‘especial’; se asemeja al código no escrito, secreto y sádico que acompaña de modo clandestino a la ley pública, y que la apoya como un reverso libidinal gozoso cuándo ésta última no puede actuar explícitamente (Zizek 2003, 87-88). Motivo por el que “La política no se justifica para el individuo sino cuando surge directamente de una experiencia moral. En cualquier otro caso, es

demoníaca.” (*Diario...* 181). Para muestra un botón reciente: “lo hice porque soy PPD, pienso como PPD y actúo como PPD”. Declaró públicamente el operador político Sr. Andrés Farías (ex-Jefe de gabinete del renunciado Director Metropolitano de Chile Deportes, Sr. Orlando Morales) para justificar el desvío de fondos de Chile Deportes a parlamentarios del Partido Por la Democracia (PPD), efectuado el 14 de agosto 2006. Si es efectivo lo que afirma el analista político Pablo Ramírez Torrejón (de que el operador “hace lo que está entre lo que aprende y le fue enseñado”, da qué pensar el desmentido posterior del Sr. Sergio Bitar, presidente del PPD. Bien, éste es el enemigo mayor contra quién Oyarzún anotaba en su diario: contra la legitimación de la ilegitimidad practicada por la sociabilidad chilena. Contra la ley no escrita que prohíbe, formalmente, aquello mismo que facultaba, clandestinamente, al Sr. Farías.

Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno (1991), de Sonia Montecino, explora la memoria intrahistórica chilena nombrando lo que hemos sido y nos ha determinado desde la Conquista, pero que no había sido visto hasta su alumbramiento en este libro. Montecino nos recuenta la patria—la *matria* prefiere decir ella – en dos claves fundamentales.

Primero: basándose en “la existencia de un modelo de identidad mariano que constituye el ser mujer en Chile”¹⁵ – hipótesis sustentada en lecturas de Gabriela Mistral, Octavio Paz, Jorge Guzmán, Pedro Morandé –, *Madres y huachos* propone un mito teórico para explicar una génesis posible de la cultura chilena, así como del devenir mujer u hombre en Chile porque – sabemos – se nace hembra o varón, pero se llega a ser mujer u hombre. Partiendo de una síntesis social mestiza y del sincretismo religioso mariano, que valoriza el polo femenino por ausencia del masculino, Montecino concibe un mito de origen centrado en un abandono y en un rechazo, a la vez conyugal y paterno. Un padre desvalido (marido, pareja, compañero o ‘lacho’) abandona a los suyos. La madre, tomando como modelo a María, se desloma por socorrer precariamente el inmenso abandono haciendo de madre, de padre y de proveedora eficaz. Frente a la orfandad exasperada, los hijos mestizos mal habidos en el abandono y el rechazo paterno (quién ‘se hace el lesa’ o de quién nada se sabe), sobreviven albergando imaginarios de violencia y de dominio (secretos) que después albergarán caudillos carismáticos. Violencia filial que se volverá, de vuelta, contra la sofocante sobreprotección materna; engendrando en el sujeto sentimientos contradictorios y difusos entre el auto-odio culposo y el odio ciego contra todos (visible en efemérides de vandalismo colectivo – el ‘Día del joven combatiente’ – o en celebraciones de triunfos deportivos). Este mito explica el imbunche, el sujeto abortado del simbolismo nacional, el horror que se resistió a ser normado en realidad, ser deforme alegórico de una “identidad que no se fija en nada, remedo del poder”, “significante de un modo de comprender características nacionales del encierro, lo contrahecho, lo monstruoso y la manipulación del poder.”¹⁶

Segundo: haciendo una crítica ideológica postmoderna, Montecino explica la construcción de la identidad y memoria chilena y latinoamericana a partir de antagonismos mañosos que tienen su origen en la escisión entre nuestras prácticas cotidianas ilegítimas (amancebamiento, barraganía, malón – orígenes genésicos de nuestro mestizaje) y sus denominaciones respectivas socialmente encubridoras (*blanqueamiento*, marianismo, culto de las apariencias). Frente a esto, Montecino reacciona “des-familiarizándonos” respecto de los relatos conscientes (pero mentirosos) con que nos hemos auto-engañado respecto de la (verdadera) manera de operar de nuestros hábitos inconscientes. Bajo el cruce de razas y fatalidades ideológicas que lo victimizan socialmente, el mestizo “blanquea” sus orígenes cultivando supersticiosamente las apariencias. Igualmente, frente a la inequidad sufrida por la mujer (cónyuge o pareja) y su hija (quien repetirá el modelo materno), la sociedad reaccionará promoviendo imágenes pías de la madre como “refugio de desamparados” e intermediaria ante las injusticias. Estos lugares comunes borran el poder interpretativo que ya emerge en algunos discursos femeninos; por ejemplo, la estrategia de autorización de que se vale Gabriela Mistral: “llevar el discurso central” [ideológicamente legitimado] adentro de las fronteras de un discurso tenido por marginal. Al apropiarlo, el primero redefine el campo del segundo redefiniéndose, a su vez, en la medida en que está modulado por otra voz” (Pizarro 190).

La introspección mítica, religiosa y psicosocial de Montecino abre una hendidura conceptual para entender desde otro ángulo las consecuencias políticas que han tenido entre nosotros la preeminencia de la moral familiar matriarcal por sobre una ética pública ciudadana: la imposibilidad, para el ‘chileno-hijo-de-Mamá-o-de-Abuela’ o para la ‘chilena-precoz-hija-madre’, de concebir el ‘poder’ como un lugar vacío¹⁷. Por el contrario, para esta Hija e Hijo, el poder tiene desde siempre un lugar y un nombre indudables. La sociabilidad familiar privada, recluida y legitimada en los ritos familiares y patios interiores perdidos de la casa criollo-hispánica de dominio matriarcal¹⁸, encierra (“corre tupidos velos” – José Donoso), desautoriza y coopta la esfera pública, objetiva, del ejercicio institucional democrático de la política fundado sobre la aceptación de su indeterminación radical, la que renuncia a cualquier instancia última de certeza (Lefort 187). No, las Hijas e Hijos harán prevalecer la certeza del ritual matricial por sobre la palabra irrisoria del padre desvalorizado o de su análogo público. En realidad, los ‘Padres’ de la Patria, vistos desde el espejo del patio final de la casa criolla, son ‘Matrias’ bigotudas escondidas detrás de grandes gafas oscuras que nos gobiernan por medio de ritos imbunches que todos tememos... descifrar.

Es lo que intenta Jorge Edwards, quién explora e impugna la intrahistoria chilena en sus usos, ideas y costumbres cotidianas, a lo largo de toda su escritura: crónicas periodísticas, cuentos, ensayos y novelas. Pero su desciframiento e impugnación, a diferencia del desgarramiento íntimo de Oyarzún o del énfasis en el género de Montecino, es metairónico y ambiguo: su ironía

se burla de sí misma, alcanza al mismo Él que escribe. Así ocurre en sus ensayos: desde *Persona non grata* (1973) a *La otra casa. Ensayos sobre escritores chilenos* (2006) pasando por *La cola del dragón* (1977), *Adiós poeta* (1990) y *El whisky de los poetas* (1994). Igualmente en sus novelas o – casi diría – en sus novelas-ensayos: desde *La mujer imaginaria* a *La casa de Dostoievsky* (2008) pasando por *El sueño de la historia* (2000) y *El inútil de la familia* (2004). Retengo estos últimos textos porque todos subrayan un humor compasivo y conciliador, próximo al *mythos cómico* de que nos habla Hayden White (165): “simpatía, tolerancia y objetividad con respecto a los principios críticos que fundamentan todos los aspectos de los conflictos históricos”. Actitud de conciencia textual “propicia” que favorece vínculos reconciliadores entre la sociedad civil con el Estado y la complejidad del hombre con la opacidad del ciudadano.

Edwards no anatemiza como Oyarzún o Melfi, narra los sucesos de modo “autónomo frente al pensar anquilosado puesto al servicio de la razón de Estado o de Iglesia” (1977, 13). Evidencia en éstos su “justicia unilateral: la que es ciega de un ojo y ‘aguaita’ con el otro” (*ibid.* 99). El recurso narrativo privilegiado por Edwards para “ampliar la memoria privada a la memoria colectiva e histórica, conservando de todas formas la memoria privada, en la historia paralela del narrador contemporáneo” (2005) es su elección del estilo indirecto libre, el flaubertiano. A través de él Edwards “hace hablar en su propio discurso, sin comprometerlo del todo ni absorberlo del todo, ese idioma a la vez repugnante y fascinante que es el lenguaje del otro.” (Genette 229). El “lenguaje del otro” es ese espacio fantaseoso en el cual nos descubrimos protagonistas y cómplices en los mismos deseos e imágenes colectivas éticamente obscenas: racismo, clasismo, xenofobia. Es el sociolecto degradado que descubre a los miembros de una comunidad hermanados en una misma identidad incorrecta que, impertinente y todo, funda un espacio simbólico de pertenencia. Este espacio del otro es anquilosado y habla por un discurso a la vez seductor y repulsivo: nos atrae por la inmediatez con que nos reconocemos en él, por la facilidad con que nos vincula y nos reconoce próximos; aunque también dé náuseas cuando insista en las mismas fantasías prejuiciosas y siniestras. Es la lengua de la “cháchara”: “Hablar no cuesta nada si se lo hace a favor de la corriente, al dictado de la corriente. Hablar no cuesta nada si no se dice nada al repetir lo que otros dicen por decir” (Enrique Lihn 347).

El uso del discurso indirecto libre ‘sin tope’ introduce al ensayista y a sus lectores en la gelatina de componendas, turbia y elástica, de sentimientos encontrados por los que tanto compartimos el lenguaje del otro como discrepamos de él. Es la *majamama* viscosa anatemizada por Melfi y Oyarzún; pero una *majamama* que habla como memoria histórica a través de una historia personal trabajada, distanciada, en la memoria privada, y no ya enviscada. De este modo, Edwards deconstruye las relaciones entre lo decente y lo indecente tomando distancia ante el *imbunchismo* nacional. Me

refiero a nuestra inclinación a cortar las alas de lo que se eleva, a derribar las grandezas, a mutilar lo que sobresale, a enterrar lo que se asoma – escribe Carlos Franz en su gran ensayo identitario (19-22) de la familia del *Diario íntimo*. Imbunchismo es escuchar con la oreja del resentimiento para saltar sobre la paja del ojo ajeno, desdeñando lo bueno mínimo que nos permita avanzar hacia un acuerdo posible donde podamos converger en la discusión de nuestras diferencias. Para muestra, un botón imbunche: el “elogio ponzoñoso”. Se reconoce el mérito ajeno, pero debidamente filtrado por atenuativos que el chileno prodiga con pesadez “para quedar en paz con su conciencia inquisidora”: “no vaya a ser que se lo crea” (1994, 9). En este mismo espíritu metairónico, se inscribe otro ensayo nacional crítico de nuestras mañas imbunches: *Chile ¿un país moderno?* (1996), de Bernardo Subercaseaux. Sus dos últimos capítulos, “‘Pascua’ en la Facultad” y “(Sin) utopías”, son lecturas de antología.

Finalmente, una misma tangente atraviesa a los ensayos intrahistóricos o intrapolíticos examinados: no borran las huellas de nuestro origen, toman en serio los cuentos que nos contamos a ver si, compenetrándose con los saberes que determinan nuestras prácticas, acortan la distancia entre los antagonismos de lo que hacemos con lo que decimos e inventamos.

NOTAS

1 “Es decir, la recurrente ocupación de los roles de comando del sistema político por una misma red social, profesional o ideológica de individuos, en desmedro de una efectiva interacción ciudadana”. Salazar, Gabriel y Julio Pinto 184. Han sido y son las dinastías políticas en las que se entrama el poder político-social en Chile: ayer, los Errázuriz (3 presidentes), los Alessandri (2); hoy en día: los Frei (2), los Lagos, los Guirardi, entre otras.

2 Melfi, Domingo. *Estudios de literatura chilena*. Sobre Baldomero Lillo escribe: “El acento social que brota de sus narraciones, la protesta apretada como un puño amenazante... ¡Qué sensación opresora de pozo sin aire, de meticulosidad en el dolor, surge de estos cuentos!” (152, 153). Sobre Carlos Pezoa Véliz observa con admirable lucidez psicosocial: “Quería ser Pezoa Véliz lo que no podía, siendo que era lo que profundamente fue: el mejor vocero lírico de los rebeldes y humillados y cansados de abajo.” (129).

3 “Hernán San Martín posee dotes de observador y es un buen conocedor del paisaje y los habitantes, aunque muchas veces el texto pareciera estar dirigido más a extranjeros que a los chilenos.” Descentramiento cultural observado – 11 años

antes—en un ensayo de San Martín, Hernán; por Pinedo, Javier 1987-1988 242.

4 La sentenciosa definición de oligarquismo que antecede. O los recursos elocutivos de otras tantas afirmaciones. “El viejo proyecto de integración hacia adentro” es “Como un rocío flotante de legitimidad” porque, en realidad, no hace más que “Vestir un discurso con credibilidad que les permitiera estabilizar su dominación”... (151, 152).

5 “MIEDOS”: es el subtítulo con que se inicia la primera y mayor de las cuatro partes que componen el libro de ensayos de Valdés, Adriana.

6 Las tres citas que anteceden corresponden al étimo de «autoridad». Benveniste, Emil 148ss.

7 “*In situ*: el lugar donde uno está, modifica, condiciona, construye, flecha al discurso. *Ab situ*: el lugar desde donde se habla, no necesariamente es o tiene que ser un lugar geográfico y, además... el individuo puede ‘hablar’ desde más de un lugar.” Achugar, Hugo 75.

8 Reescribo este párrafo acudiendo a Richard, Nelly, “Arte, cultura y política en la *Revista de Crítica Cultural*”. www.criticacultural.org/presentacion.

9 Jameson, Fredric 39, citado por Bhabha, Homi 263 a propósito del análisis que hace Jameson del Hotel The Westin Bonaventure.

10 Brunner, José Joaquín, 1994 265, 266. Artículo de presentación del libro de ensayos 1994 de Richard, Nelly.

11 Para una cronología sumaria del ensayo chileno entre 1960-1988, Pinedo, Javier 1988; para una clasificación temática de los mismos, Pinedo, Francisco Javier 1992.

12 En antropología y estudios de género por Montecino, Sonia. En sociología por Brunner, José Joaquín 1988 y por Morandé, Pedro. En el ensayismo literario por Edwards, Jorge 2006; 1994 y 1990; así como en sus novelas-ensayos 2008 y 2004; Guzmán, Jorge 1991 y 1984.

13 Afirma con autoridad Leonidas Morales en 1995, 8, su prólogo al *Diario íntimo*. A su notable trabajo de editor le debemos la publicación póstuma completa de los manuscritos existentes del diario de Luis Oyarzún.

14 Nombre del célebre cuento homónimo de Jorge Edwards, en *Las máscaras*.

15 “[El] poderoso influjo en la constitución de la identidad popular de la presencia del símbolo materno, emanado de la figura sincrética de la Virgen María.” Montecino, Sonia, Mariluz Dussuel y Angélica Wilson 1988, 502.

16 Montecino, Sonia, tomando *a la letra* la visión de José Donoso sobre la sociabilización chilena, 2000, 420-421; y 2003, 247.

17 La conquista fundamental del orden político moderno, democrático, es la concepción del Poder como un “lugar vacío”. Quiénes lo ejercen son simples gobernantes y no pueden incorporárselo ni apropiárselo; su ejercicio tiene como base su renovación periódica fundada en la institución del sufragio universal. Lefort, Claude, 1990, 190.

18 Cuyos sentidos simbólico-culturales develó Subercaseaux, Benjamín en su

Niño de lluvia (69); reiteró Edwards, Jorge en “La persistencia de la memoria” (2006, 14-18) y anotó Luis Oyarzún en su diario.

OBRAS CITADAS

- Achugar, Hugo. “Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI.” 75-92. *Imaginario de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Por Soto Boutin, Luis (ed.).
- Barthes, Roland. « Le livre du Moi », *Roland Barthes par Roland Barthes*. Paris: Seuil, 1975.
- Benveniste, Emil. *Le vocabulaire des institutions indo-européennes. 2. Pouvoir, droit, religion*. Paris : Les éditions de Minuit, 1969.
- Beverly, John; Oviedo, José y Michel Aronna (ed). *The Postmodernism Debate in Latin America*. Durham, USA: Duke University Press, 1995.
- Bhabha, Homi. “Cómo entra lo nuevo al mundo. Espacio posmoderno, tiempos poscoloniales y las pruebas de la traducción cultural.” 257-284. *El lugar de la cultura*. Traducción: César Aira. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2002. [1994, 1ª ed. inglesa].
- Brunner, José Joaquín. “Cultura y sociedad en Chile.” 45-57. *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago, Chile: FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1988. [1ª ed. 1987].
- _____. “Chile, otro país.” 65-78. *Un espejo trizado. Op.cit.* [1ª ed. 1987].
- _____. “Las tribus rebeldes y los modernos.” 261-268. *Bienvenidos a la modernidad*. Santiago, Chile: Planeta, 1994.
- Calderón, Alfonso. Prólogo. *Páginas escogidas*. Ver Melfi, Domingo.
- De la Parra, Marco Antonio. *La mala memoria. Historia personal de Chile contemporáneo*. [3ª ed. 1998] Santiago, Chile: Planeta, 1997.
- _____. *Carta abierta a Pinochet. Monólogo de la clase media chilena con su padre*. Santiago, Chile: Planeta, 1998.
- _____. *El cuerpo de Chile*. Santiago, Chile: Planeta, 2002.
- Edwards, Jorge. *Las máscaras*. Barcelona: Seix-Barral, 1967.
- _____. *Desde la cola del dragón. Chile y España: 1973-1977*. Barcelona: DOPESA, 1977.
- _____. *La mujer imaginaria*. Barcelona: Plaza & Janés, 1985.
- _____. *Adiós poeta*. Santiago, Chile: Tusquets, 1990.
- _____. *El whisky de los poetas*. Santiago, Chile: Edit. Universitaria, 1994.
- _____. *El sueño de la historia*. Barcelona: Tusquets, 2000.
- _____. *El inútil de la familia*. Santiago, Chile: Alfaguara, 2004.
- _____. “Un hombre fiel a sí mismo.” Entrevista de Jaime Collyer. *El Sábado. El Mercurio* 21 Mayo 2005.
- _____. *La otra casa. Ensayos sobre escritores chilenos*. Santiago, Chile: Ediciones

Universidad Diego Portales, 2006.

———. *La casa de Dostoievsky*. Santiago, Chile: Planeta, 2008.

Eltit, Diamela. *Emergencias. Escritos sobre literatura, arte y política*. Edición y prólogo de Leonidas Morales T. Santiago, Chile: Planeta/Ariel, 2000.

Enríquez-Ominami, Marco. “La transición de las instituciones.” Ideas & Debates. *La Tercera*. 11 de julio 2009, 4.

Franz, Carlos. *La muralla enterrada. (Santiago, ciudad imaginaria)*. Santiago: Planeta, 2001.

Genette, Gérard. *Figuras III*. Barcelona: Lumen, 1989.

Guzmán, Jorge. *Diferencias latinoamericanas (Mistral, Carpentier, García Márquez, Puig)*. Santiago, Chile: Universidad de Chile, Eds. del Centro de Estudios Humanísticos, 1984.

—. *Contra el secreto profesional. Lectura mestiza de César Vallejo*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1991.

Jameson, Fredric. *Postmodernism or The Cultural Logic of Late Capitalism*. [6ª impr. 1995] Durham: Duke University Press, 1991.

Latchman, Ricardo A. “El ensayo en Chile en el siglo XX.” 343-384. *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*. Editado por la Biblioteca Nacional. Anuario de la prensa chilena 1952-1956. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, s.f. [¿1956?]

Lechner, Norbert. “Capítulo 1. La naturalización de los social.” 15-22; “Capítulo 2. La erosión de los mapas mentales.” 23-42. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago, Chile: LOM ediciones, 2002.

Lefort, Claude. “Democracia y advenimiento de un ‘lugar vacío.’” 187-193. *La invención democrática*. Traducción de Irene Agoff. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1990.

Lihn, Enrique. *El arte de la palabra*. España: Pomaire, 1980.

Melfi, Domingo. *Sin brújula*. 11-59. [1ª ed. 1933]. *Páginas escogidas*. Prólogo Alfonso Calderón; Comentario Mariano Picón-Salas. Edición Pedro Pablo Zegers B. Santiago, Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigación Diego Barros Arana, 1993. [Además: *El hombre y la soledad en las tierras magallánicas*. 1ª ed. 1940; *Tiempos de tormenta. En el remate de un viejo palacio santiaguino*. 1ª ed. 1945]

—. *Estudios de literatura chilena*. Santiago, Chile: Nascimento, 1938.

Mistral, Gabriela. “Contadores de patria.” 13-25. *Chile o una loca geografía*. Ver Subercaseaux, Benjamín.

—. *Materias. Prosa inédita*. Selec. y pról. Alfonso Calderón. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1978.

Montecino, Sonia; Mariluz Dussuel y Angélica Wilson. “Identidad femenina y modelo mariano en Chile.” 499-522. *Mundo de mujer: continuidad y cambio*. Por Montecino, Sonia; Mariluz Dussuel y Angélica Wilson (Antologadoras). Santiago,

Chile: Centro de Estudios de la Mujer, 1988.

Montecino, Sonia. "El Mudito como alegoría del huacho en la novela *El obscuro pájaro de la noche* (1970) de José Donoso y algunas digresiones sobre el huacho de Arguedas." 416-422. *Crisis, Apocalipsis y utopías*. XXXII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. Por Cánovas, Rodrigo y Roberto Hozven (eds.) Santiago, Chile: Ocho Libros Editores Ltda., Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000.

—. *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*. Santiago, Chile: Random House Mondadori, 2003.

—. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. [1ª ed. 1991] Prólogo de Roberto Hozven y Presentación de Guadalupe Santa Cruz. Santiago, Chile: Catalonia, 2007, 4ª ed. ampliada y actualizada.

Morales T., Leonidas. "El *Diario* de Luis Oyarzún." 7-26. Prólogo. *Diario íntimo*. Ver Luis Oyarzún. 1995.

—. "El discurso crítico de Diamela Eltit: cuerpo y política." 9-16. Prólogo. *Emergencias. Escritos sobre literatura, arte y política*. Por Diamela Eltit. 2000.

Morandé, Pedro. *Cultura y modernización en América Latina*. Santiago, Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, Cuadernos del Instituto de Sociología, 1984.

Moulian, Tomás. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago, Chile: Universidad ARCIS/ LOM, Colección Sin Norte, 1997.

Oyarzún, Luis. *Diario íntimo*. Edición póstuma y prólogo de Leonidas Morales T. Santiago, Chile: Universidad de Chile, Departamento de Estudios Humanísticos, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, 1995.

Paz, Octavio. "Conquista y Colonia." 104-123. *El laberinto de la soledad* [1ª ed. 1950; 2ª ed. ampliada y corregida 1959]. *Obras Completas 8. El peregrino en su patria. Historia y política de México*. Edición del autor. México: F.C.E., 1994.

Picón-Salas, Mariano. "Comentario inicial." 13-16. *Páginas escogidas*. Por Domingo Melfi.

Pinedo, Javier. "La ensayística y el problema de la identidad 1960-1988." *Los ensayistas 22-25 (1987-1988)*: 231-264. Volumen dedicado a Chile: 1968-1988 por Georgia Series on Hispanic Thought (Ed. de José Luis Gómez Martínez/ Francisco Javier Pinedo).

—. "Cinco momentos claves en el ensayo literario chileno contemporáneo." *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 4 (1992)*: 893-906.

Pizarro, Ana. "Gabriela Mistral en el discurso cultural." 184-192. *De ostras y caníbales: reflexiones sobre la cultura latinoamericana*. Santiago, Chile: Universidad de Santiago, 1994.

Richard, Nelly. *La insubordinación de los signos (cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)*. Santiago, Chile: Edit. Cuarto Propio, 1994.

—, “Reply to Vidal from Chile.” 307-310. [1995] *The Postmodernism Debate in Latin America*. Por Beverly, John; Oviedo, José y Michel Aronna (ed).

—, “Antidisciplina, transdisciplina y redisciplinamientos del saber.” 141-160. *Residuos y metáforas; ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Santiago, Chile: Cuarto Propio, 1998.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto. *Historia contemporánea de Chile I*. Salazar, Gabriel; Arturo Mancilla y Carlos Durán. *Volumen I. Estado, legitimidad, ciudadanía*. Santiago, Chile: LOM, 1999.

San Martín, Hernán. *Geografía humana de Chile*. Santiago, Chile: Quimantú, 1972.

Sarlo, Beatriz. “Ser argentino: ya nada será igual.” 47-53. *Imaginario de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Por Soto Boutin, Luis Armando (ed.).

Soto Boutin, Luis Armando (ed.). *Imaginario de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Coordinador Jesús Martín-Barbero. Colombia : Ministerio de Cultura, «Observatorio de políticas culturales», 2001.

Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía* [1956 11ª edición] “Contadores de patria.” Prólogo de Gabriela Mistral. Santiago, Chile: Editorial Ercilla, 1940.

—, *Niño de lluvia*. Santiago, Chile: Ercilla, 1942.

Subercaseaux, Bernardo. *Chile ¿un país moderno?* Santiago de Chile: Ediciones B, 1996.

Valdés, Adriana. *Composición de lugar. Escritos sobre cultura*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1996.

Vidal, Hernán. “Postmodernism, Postleftism, and Neo-Avant-Gardism: The Case of Chile’s *Revista de Crítica Cultural*.” 282-306. *The Postmodernism Debate in Latin America*. Por Beverly, John; Oviedo, José y Michel Aronna (ed).

White, Hayden. “El proceso histórico como comedia.” *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Traducción de Stella Mastrangelo. México: F.C.E., 1992. [1ª ed. en inglés 1973]

Zizek, Slavoj. “Introduction.” *Tarrying with the Negative. Kant, Hegel and the Critique of Ideology*. [5ª reimpression, 2000] Durham, USA: Duke University Press, 1993. 1-5.

—, “El superyó por defecto.” *Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Traducción de Patricia Willson. Buenos Aires: Paidós, 2003 [1ª ed. en inglés 1994]